

# KYŌKAKU

## LOS PROTECTORES DE EDO

Shōtarō Ikenami

Traducción del japonés:  
Bárbara Pesquer Isasi  
Ismael Funes Aguilera

Revisión y adaptación:  
Eva González Rosales

  
QUATERNI

## Asesinato

Tsukamoto Itarō se dirigía a hacer un recado para su señor. Llevaba una carta para Hayama Sakon, un *hatamoto*<sup>1</sup> del *shōgun* que vivía en el barrio de Shiba, en Edo<sup>2</sup>, cerca del templo Zōjōji<sup>3</sup>. Eran cerca de las cuatro de la tarde.

Al salir de la mansión Hayama, como todavía era verano y quedaba bastante tiempo para que el atardecer cubriera el cielo de tinieblas, Itarō pensó: «Si me apresuro, puede que me dé tiempo a ver a mi padre antes de regresar».

El padre de Itarō se llamaba Tsukamoto Iori y era *rōnin*<sup>4</sup>. Vivía allí mismo, en Shiba, en casa de un verdulero llamado Kyūbē.

Sin embargo, nada más poner un pie fuera de la mansión Hayama, Itarō alzó la cabeza y vislumbró unas nubes negras que empezaban a mancillar la claridad del cielo. «Qué mala

---

1 Literalmente, «abanderado». Originalmente designaba a los sirvientes del *daimyō*, pero tras la llegada al poder del clan Tokugawa pasó a designar a los samuráis al servicio del *shōgun*.

2 Antiguo nombre de Tokio.

3 Templo budista de la secta Chinzei vinculado con el clan Tokugawa.

4 Literalmente, «hombre vagabundo». Se trataba de un samurái sin amo, ya fuera porque había perdido su favor o porque este había caído en desgracia.

suerte, parece que va a llover... Será mejor que deje la visita para otro día».

Decidido, el muchacho apretó el paso.

Con su casi metro ochenta de altura y su complexión fornida, el cuerpo del joven parecía querer escapar del corto *kosode*<sup>5</sup> de lino marrón que vestía. Muchos lo consideraban casi un gigante.

Acordes con esa complexión corporal, sus facciones rebosaban virilidad: tenía las cejas espesas, los ojos rasgados, la nariz gruesa. Sin embargo, su piel era nívea. A pesar de haber vagado por los caminos con su padre, el sol no lo había tostado ni un ápice.

—Has heredado la blancura de tu piel de tu difunta madre —le decía a menudo su padre, mirándolo con ojos agudos.

De aquella madre cuyo rostro Itarō nunca llegó a conocer.

Un rayo alumbró el cielo y los pocos transeúntes que había en la calle empezaron a correr. Itarō se levantó las perneras de la *hakama*<sup>6</sup> y se guardó en la pechera la caja con la respuesta de Hayama Sakon.

La vaina negra del *ōwakizashi*<sup>7</sup> con el que Itarō iba armado, como le correspondía por su condición de samurái de rango bajo del clan, no tardó en quedar salpicada de gotas de lluvia.

El mozo empezó a correr entre las mansiones de los *daimyō* y samuráis, que llegaban prácticamente hasta el foso exterior del castillo de Edo.

Con el estruendo de un trueno, la lluvia arreció.

---

5 Prenda más antigua que el kimono, con forma de T y menos ajustada. Se puede utilizar con un cinturón *obi* o con *hakama*.

6 Falda pantalón o pantalón con pliegues, cinco por delante y dos por detrás.

7 Sable corto tradicional japonés con una longitud de entre 54,5 y 60 centímetros.

A sus veinte años, Tsukamoto Itarō no podía imaginar que años después dejaría una huella indeleble en la historia y en la literatura bajo el alias de Banzuiin Chōbē.

Como no tenía visos de amainar en breve, Itarō se refugió bajo la cornisa de la puerta lateral de una mansión. Desde allí, oyó unos extraños gritos seguidos del inconfundible sonido de las espadas al chocar.

Seguramente se trataba de un duelo.

Se apoyó en la columna del soportal, aguzó el oído y escrutó los alrededores, pero no vio a nadie y el sonido de la lluvia amortiguaba los supuestos mandobles que había escuchado antes. No le quedó más remedio que concluir que se había confundido.

Estaba calado de la cabeza a los pies, así que decidió quedarse donde se encontraba hasta que cesara el inesperado chaparrón.

Tsukamoto Itarō estaba al servicio de Sakurai Shōemon, un vasallo de Honda Masakatsu, alto funcionario del Ministerio del Centro. Por su parte, Honda Masakatsu era el amo del feudo de Kōriyama, en Yamato, que contaba con ciento cincuenta mil *koku*<sup>8</sup>. Su residencia en Edo se hallaba en Ōteguchi.

Sakurai Shōemon vivía en una *nagaya*<sup>9</sup> en el interior del recinto de la mansión Honda, y también Itarō, naturalmente, pues trabajaba para él.

La lluvia era cada vez más fuerte. Itarō se metió la mano en la pechera para asegurarse de que la respuesta para su señor seguía en buen estado cuando oyó gritos.

Los alaridos venían acompañados de sonidos de lucha, y se acercaban. Itarō se asomó; ante él se extendía el muro techado de tierra prensada que rodeaba una mansión samurái. Justo en

---

8 Cantidad de arroz que una persona puede comer durante un año y que posteriormente se fijó en unos ciento cincuenta kilos.

9 Literalmente, «habitación larga». Se trata de un edificio alargado de una o dos plantas que alojaba distintas viviendas, cada una con su propia entrada.

la esquina del muro apareció un guerrero con la *katana* des-envainada, como si lo hubieran empujado.

Avanzó tambaleándose y gimiendo incomprensiblemente hasta detenerse delante de Itarō. Entonces cayó de rodillas, con la cara completamente ensangrentada. La lluvia no conseguía borrar el carmesí de su piel, pues por más agua que cayera, seguía desangrándose y su rostro volvía a mancharse.

Itarō aguantó la respiración, sin atreverse a hacer nada, hasta que el samurái se desplomó.

«Es un duelo. ¿Ahora qué hago?», se preguntó.

En aquel entonces no solía haber garitas de guardia en los cruces de los barrios samuráis y, con semejante escándalo, nadie se atrevería a salir de las mansiones por miedo a verse envuelto en una refriega.

Itarō pensó en avisar quizá a la gente de la mansión donde se había refugiado de la lluvia. Cuando estaba a punto de precipitarse hacia la puerta principal, unas figuras humanas aparecieron corriendo y rompieron el blanco velo de la lluvia.

Se trataba de cinco samuráis armados con sables. Estaban atacando a otro que, finalmente, logró abatir a uno de ellos.

Un trueno retumbó terroríficamente.

A Itarō no le cabía la menor duda de que el samurái solitario era un *rōnin*. «¡Qué fuerte es!», pensó ojiplático al ver que, aun herido, seguía batiéndose con los cuatro adversarios restantes.

Por desgracia, el *rōnin* acabó recibiendo un corte en el hombro y cayó de lado, aunque mantuvo la cabeza alta y el sable en posición. Cuando le vio la cara entre la lluvia, Itarō dejó escapar un grito de horror.

—¡Padre!

Perdió la cabeza y echó a correr bajo la lluvia.

Porque el que había estado batiéndose y se hallaba caído en la calle embarrada, rodeado por cuatro individuos armados con espadas, no era otro que Tsukamoto Iori, su padre.

Sus cuatro contrincantes no parecían haberse percatado ni del grito ni de la propia existencia del joven.

—¡Padre! ¡Padre! —gritó Itarō, desenvainando el *ōwaki-zashi* para atacar a uno de los adversarios por la espalda.

El individuo soltó el *daitō*<sup>10</sup> que blandía y se inclinó hacia atrás. Inmediatamente enderezó su postura, pero el mozalbete manejaba el *wakizashi* como una furia. Era la primera vez que luchaba con su espada, su primer combate de verdad.

—Itarō...

Durante un instante le pareció oír la voz de su padre, pero su mente se había vaciado y solo vislumbraba el resplandor fugaz de los sables desnudos y las sombras de sus adversarios a través de la neblinosa cortina de lluvia.

Dejó de sentir el suelo bajo sus pies y perdió el control de su cuerpo. Tenía el gáznate tan seco y agarrotado que le dolía.

La imagen de sus contrincantes, con los labios retraídos enseñando los dientes y sus terribles ojos en blanco, le llegaba como desde muy lejos. Apenas notaba los violentos impactos que estaba recibiendo en su brazo derecho y en todo su cuerpo. Una furia ciega y animal lo poseía.

Los conocimientos de *kenjutsu*<sup>11</sup> que le había proporcionado su padre desde su más tierna infancia hacían que, incluso perdida la consciencia, sus ataques resultaran impactantes.

Además, Tsukamoto Iori había conseguido sobreponerse a sus heridas milagrosamente y se había levantado.

Solo quedaban dos de los cuatro contrincantes. En ese momento, apareció un samurái a caballo que volvía del templo Zōjōji.

—¡Parad inmediatamente! —les ordenó.

—¡Huyamos! —gritó uno de los forajidos. Y, tras envainar, se dieron a la fuga dejando atrás el cadáver de su compañero.

A Iori le fallaron las piernas y cayó de bruces, quedando semienterrado en el lodo de la calle.

---

10 Sable de unos 60 centímetros.

11 Arte marcial que engloba todas las corrientes relacionadas con el manejo del sable japonés.

—Pa... ¡Padre...! —exclamó su hijo cuando semejante imagen entró en su campo de visión.

Itarō intentó soltar la empuñadura del *ōwakizashi* que llevaba en la mano derecha para abrazar a su padre, pero sus dedos no le obedecían. Tenía la mano como petrificada.

En aquel momento, el samurái tiró de las riendas con brío para detener al caballo y desmontó. Llevaba el *kosode* arremangado hasta la cintura y las gotas de lluvia le empapaban el robusto torso desnudo.

—¡Cobardes! —les espetó, indignado ante la injusticia de aquel combate desigual de cuatro contra dos. Todo apuntaba a que había espoleado a su caballo para acudir rápidamente a auxiliar a los que luchaban en minoría.

Itarō estrelló su *wakizashi* contra el suelo varias veces hasta que su mano agarrotada lo soltó y entonces se arrojó sobre su padre para abrazarlo mientras el recién llegado los observaba en silencio.

Su *kosode* y su *hakama*, ambos espléndidos, así como los dos sables de suntuosa factura que ceñía en la cintura, indicaban que se trataba de un guerrero de renombre. Tenía unos treinta años y era de complexión más delgada y pequeña que Iori, aunque no por ello resultaba menos apuesto.

—Padre... Padre... Padre... —seguía diciendo Itarō.

El sonido de la lluvia perdió intensidad.

El sencillo *kosode* gris oscuro de Iori estaba hecho jirones y el hombre parecía tener más de sesenta años en lugar de cincuenta y dos. Su rostro, cuarteado por profundas arrugas, había perdido el vigor de la sangre y mostraba un aspecto ceniciento.

—Padre, soy Itarō. ¿Me oís? ¿Me entendéis?

Iori abrió con esfuerzo los ojos, que tenían el mismo brillo que los de un pez muerto.

—Padre, por favor...

—Itarō...

El samurái hizo ademán de extender los brazos, pero se lo pensó mejor y se contuvo; las heridas de Iori eran demasiado graves y ya no se podía hacer nada por él.

Itarō seguía hablando con su progenitor.

—Padre, ¿qué ha pasado? Esta no ha sido una pelea cualquiera, ¿verdad? ¿Qué significa todo esto?

—Uuugh...

—Padre, respondió...

—Ka...

—¿Qué intentáis decirme? —Iori luchaba con todas sus fuerzas, zafándose de la inconsciencia que lo arrastraba, para decir algo a su único hijo—. Padre, estoy aquí, aguantad...

—Urgh... Ka... ra... tsu... —logró articular con un último y postrero esfuerzo.

Itarō comprendió enseguida que se trataba del nombre del lugar en la provincia de Hizen donde se encontraba el castillo de Terazawa Hirotaka.

—Padre, ¿os referís a Karatsu, en Hizen?

Iori consiguió asentir levemente.

—¿Y qué ocurre con Karatsu? —preguntó Itarō, acercando la oreja a los labios temblorosos de su padre, pero la cabeza de este cayó hacia atrás, inerte—. ¿Padre?

Iori ya no podía responder.

—Ha exhalado su último suspiro —anunció una voz a su espalda.

Itarō se percató por primera vez de que el samurái se había detenido a su lado y le sonreía para tranquilizarlo.

—Me llamo Mizuno Hyakusuke. Ya he ahuyentado a esos truhanes.

—Sí...

—¿Era tu padre?

—S... sí...

—Lo siento.

Itarō tenía los ojos fijos en el rostro de su padre fallecido.

Apenas recordaba nada de la época en la que su progenitor había servido en Karatsu a Terazawa Hirotaka, señor de Shima, un acaudalado *daimyō* con un estipendio de ciento treinta mil *koku*. Aunque sí recordaba, como una ilusión, el suave y cálido tacto del seno de su madre, que en aquel entonces todavía



estaba viva, y el mar de Genkai. Su extensión y el olor de la marea aún regresaban a su mente.

Cuando su padre dejó el castillo de Karatsu, Itarō tuvo que acompañarlo en su deambular como samurái sin amo. Según su padre, eso había ocurrido cuando Itarō tenía cinco años.

«¿Por qué te convertiste en *rōnin*?», le había preguntado innumerables veces mientras crecía. Y su padre siempre respondía: «No preguntes. Es algo de lo que no quiero hablar».

Sin embargo, a Itarō no se le escapaba la sombra misteriosa que cubría el rostro de su padre cuando le daba esta respuesta.

Un samurái de bajo rango, Shioda Hanbei, abandonó Karatsu con Itarō y su padre. Primero estuvieron viviendo en Osaka y luego en Kioto. Empero, no pasaban más de un año en un mismo sitio y, cuando parecía que ya se habían hecho a la vida allí, emprendían de nuevo la marcha. Fue una infancia muy dura.

En aquel entonces, Mine, la madre de Itarō, ya no estaba en este mundo.

La primavera del año anterior viajaron a Edo por cuarta vez.

—Itarō, ya va siendo hora de que sientes la cabeza y te labres un futuro —le dijo su padre—. Nos quedaremos a vivir en Edo.

Gracias a sus amistades y contactos, Itarō empezó a servir a una familia samurái. Su padre vivía con Kyūbē Morikata, el dueño de una verdulería, y se pasaba el día leyendo y estudiando. Apenas salía de casa.

Era extraño que su padre hubiera salido aquel día y que justo entonces lo hubieran atacado cinco hombres que tenían algo que ver con Karatsu, tal como le había indicado antes de morir. No había duda de que un secreto había quedado enterrado en el rostro inerte de su padre tras su inusual asesinato.

Mizuno Hyakusuke seguía a su lado. No parecía tener intención de marcharse.

—Me da la impresión de que estás al servicio de alguien. ¿Habías salido a hacer un recado para tu señor?

—Así es.

—Entonces, antes de nada, tienes que cumplir con tu cometido.

—Tenéis razón.

Aunque todavía no había asimilado la muerte de su padre, no podía dejar que sus asuntos personales interfirieran con el cumplimiento de su deber. Corría el año 1641 y la sociedad feudal era así de dura; aunque Tsukamoto Itarō fuera un samurái del rango más bajo, un solo error, un único paso en falso sería suficiente para que perdiera su estatus para siempre.

—Muy bien —dijo Mizuno Hyakusuke, agarrando las riendas de su caballo castaño—. Deja que me encargue yo.

—¿Cómo?

—Del cuerpo de tu padre. Habrá que llevarlo a algún sitio, ¿no? —Mizuno introdujo los brazos en las mangas de su *kosode* empapado por la lluvia—. Vamos, no seas melindroso.

Entonces tomó en brazos a Tsukamoto Iori y lo cargó sobre el caballo.

—No sé cómo agradeceréoslo... Por favor, llevadlo a la verdulería de Kyūbē Morikata, en Gensukechō —le pidió Itarō—. Mientras tanto, yo volveré para informar a mi señor y pedirle unas horas libres. Después iré para allá a toda prisa.

—De acuerdo. Quédate tranquilo —repuso el samurái, que se había presentado para tranquilizarlo, y no para mostrarle su estatus.

Mizuno Hyakusuke, que en aquel momento tenía veintinueve años, era el primogénito y heredero de Mizuno Narisada, señor de Izumo y alto *hatamoto* que disfrutaba de un estipendio de tres mil *koku* gracias a su estrecha relación con el *shōgun* Tokugawa. Como su padre todavía gozaba de buena salud, Mizuno no tenía que ocuparse de los asuntos familiares. Con todo, incluso Itarō conocía la relevancia de la familia y sus contactos.

Más adelante, aquel samurái adoptaría el nombre de Mizuno Jūrōzaemon Nariyuki y se convertiría en rival de Itarō; aunque, naturalmente, en aquel momento ninguno de los dos podía siquiera imaginarlo.

—¡Me marchó! —exclamó Mizuno con el cadáver de Iori sobre su caballo.

Itarō unió las palmas de las manos a la altura del pecho para hacer una reverencia y lo observó mientras se alejaba por el camino embarrado.

La lluvia estaba amainando y una leve claridad empezaba a asomar por el oeste. La gente volvió a salir a la calle y el muchacho echó a correr, dejando allí el cadáver del asesino.

Tsukamoto Itarō no tardó mucho en llegar a la mansión de los Honda de Ōteguchi, situada en el castillo de Edo.

Honda Masakatsu era nieto de Honda Heihachirō Tadakatsu, un alto funcionario considerado la mano derecha de Tokugawa Ieyasu. Tras la muerte de su primo Honda Masatomo el año anterior, como el primogénito era todavía demasiado pequeño, Masakatsu se convirtió en el jefe del clan.

Entre los *daimyō* cuyos ancestros habían apoyado a los Tokugawa antes de la guerra de Sekigahara, Masakatsu era especialmente respetado.

El señor de Itarō, Sakurai Shōemon, era vasallo suyo y vivía en una *nagaya* situada en la esquina oriental, cerca del muro que rodeaba la impresionante mansión de los Honda. Fue allí a donde regresó Itarō para entregar la respuesta a su señor e informarlo de lo ocurrido.

—En mi camino de vuelta...

Tras su relato, Shōemon no daba crédito.

—No puede ser verdad...

Aunque un mero vistazo al joven manchado de barro y sangre y con heridas superficiales en las manos había sido suficiente para convencer a Shōemon de que había pasado algo fuera de lo normal, no comprendía la razón por la que el padre de Itarō había sido asesinado.

—Esto que me cuentas es terrible... terrible... —insistió. Solo había coincidido con Tsukamoto Iori dos o tres veces, pero le tenía cierto aprecio—. ¿Y dejaste allí el cadáver del sicario?